

Una revolución de papel. Fuentes para una historia de la comunicación obrera a través de la propaganda impresa del Sindicato Minero de Riotinto (1913-1920)
A paper revolution. Sources for a history of working-class communication through the printed propaganda by Mining Trade Union of Riotinto (1913-1920)

Francisco Baena Sánchez
(Universidad de Sevilla)

I/C - Revista Científica de
Información y Comunicación
2008, 5, pp-376-427

Resumen:

Este artículo toma como ejemplo la propaganda impresa que, a comienzos del siglo XX, el Sindicato Minero de Riotinto desarrolló en su lucha contra la Compañía británica en la provincia de Huelva. Así, en su afán por delimitar las fuentes para hacer historia de la comunicación obrera, estudia los diferentes medios –diarios de huelga y pasquines– que integraron la actividad propagandística de la organización obrera y sirvieron para construir una conciencia de clase.

Abstract

This paper focuses the printed propaganda that, at the beginning of the 20th century, the Mining Trade Union of Riotinto developed fighting against the British Company in Huelva. So, to delimit the sources to make a history of working-class communication, it studies the different media – daily strike and radical separates– that composed the working-class propaganda and made a conscience of class.

Palabras clave:

Movimiento obrero / identidad / clase obrera / prensa obrera / Riotinto

Keywords:

Labour movement / identity / working class / radical press / Riotinto

Sumario

1. La colonia británica de las minas de Riotinto
2. La identidad colectiva: una creación cultural
3. La década dorada de la comunicación social en Riotinto
4. La cultura del pasquín noticioso
5. El Diario de Huelga: un discurso, un portavoz

Summary

1. *The British colony of the Riotinto mines*
2. *Collective identity: a cultural creation*
3. *The golden decade of social communication in Riotinto*
4. *The informative separate's culture*
5. *Daily Strike: one speech, one voice*

I. la colonia británica de las minas de Riotinto

La década de 1910 fue en las minas de Riotinto (Huelva) un período histórico marcado con el sello de la conflictividad, la violencia y la contestación social. La lucha laboral y cultural que se desarrolló en estos años enfrentó a dos personajes colectivos bien diferenciados: a un lado, el protagonista, el Sindicato, encarnado fundamentalmente en dos de sus líderes, Eladio Fernández Egocheaga y Félix Lunar, por ser quienes llevaron la batuta periodística y propagandística en todo momento; y a otro lado, el antagonista, la Compañía británica, representada en primer término por su director general, Walter J. Browning, un autócrata que no toleraba críticas y que, hacia 1914, era conocido entre la gente de la comarca como “el rey de Huelva”.

No obstante, el nombre de Riotinto había empezado a sonar internacionalmente cuatro décadas antes. En 1873, un consorcio de inversores británicos adquirió las minas al Estado español —por entonces, republicano y en bancarrota— por tres millones y medio de libras esterlinas, 92 millones de pesetas. El consorcio fundó seguidamente la Compañía de Río-Tinto Limitada, que explotó las minas hasta 1954. En esos más de 80 años, la empresa cimentó un poder económico y político de tipo hegemónico y colonial. La comisión del Instituto de Reformas Sociales que visitó la explotación minera en 1913 no dudó en calificarla en su informe como “una colonia extranjera servida por españoles”¹.

Los tentáculos de la Compañía británica se movían a la altura de las bolsas internacionales, de los mercados mundiales del cobre —como un fenómeno más de esa segunda fase imperialista y global del capitalismo²— y de la alta política española. En el plano local, la dominación que practicaba sobre los mineros adquirió dimensiones desproporcionadas en virtud de su contrato con el Estado español, por el que era dueña del suelo y el sobresuelo de los varios kilómetros cuadrados que ocupaban su concesión y que,

¹ Instituto de Reformas Sociales (1913). *Informe redactado por la Comisión nombrada por este instituto para estudiar las condiciones de trabajo en las minas de Riotinto*. Madrid, p. 169. La comisión visitó centros de trabajo y poblados mineros, concertó encuentros con obreros, contratistas, jefes e incluso con el director general de la Compañía, pero la Memoria nunca se publicó porque, al parecer, denunciaba las vinculaciones entre la Compañía y el Estado español, demasiado escandalosas para ser conocidas.

² En los primeros años del siglo XX, la Compañía alcanzó la plenitud de su capacidad productiva: era la tercera sociedad minera del mundo —tras Anaconda y De Beers— y la decimotercera empresa industrial según el capital invertido. Según Arenas Posadas (1999:21), “Riotinto fue causa y efecto del despegue industrial que se produjo en los países capitalistas avanzados en esas fechas”.

curiosamente, coincidían con el término municipal de Minas de Riotinto.

Esta hegemonía intentó compensarse con lo que se conoce como paternalismo empresarial: pagaba bien, por lo general; los economatos, propiedad de la empresa, facilitaban artículos de primera necesidad a precios más bajos que en el comercio ordinario; disponía de un buen servicio médico-farmacéutico; construyó casas para sus obreros en varios poblados y las alquiló a precios no muy elevados; y puso en marcha escuelas para educar a los hijos de los trabajadores y combatir las altas tasas de analfabetismo de la región. La “benevolencia” paternalista de la Compañía ofrecía a los mineros bastante más de lo que recibían otros trabajadores andaluces de sus empresas o del propio Estado³.

Precisamente por ello, toda la vida de los mineros dependía de la Compañía: en el momento en que los trabajadores protagonizaban un intento de huelga o cualquier protesta violenta, la empresa les ordenaba desalojar las casas, les encarecía el pan y las demás subsistencias e incluso les instaba a exiliarse de la comarca. Tenía montada, además, una especie de policía particular, los “guardiñas”, que aparte de proteger las propiedades de la empresa, informaban a sus directivos de cualquier movimiento sospechoso entre los mineros más comprometidos y activistas⁴.

³ Frente a la visión filantrópica de Avery (1985), Arenas Posadas (1999) expone una interpretación más crítica del paternalismo empresarial británico.

⁴ La organización de esta política represiva se perfeccionó en la primavera de 1914 con la creación de un departamento especial: la Agencia de Trabajo, el arma secreta de la Compañía para despedir obreros y debilitar al Sindicato. Aparentemente, se encargaba de tramitar los documentos de todos los trabajadores de la mina pero, en el fondo, su objetivo era el control laboral y social, público y privado de los obreros, que también incluía el control

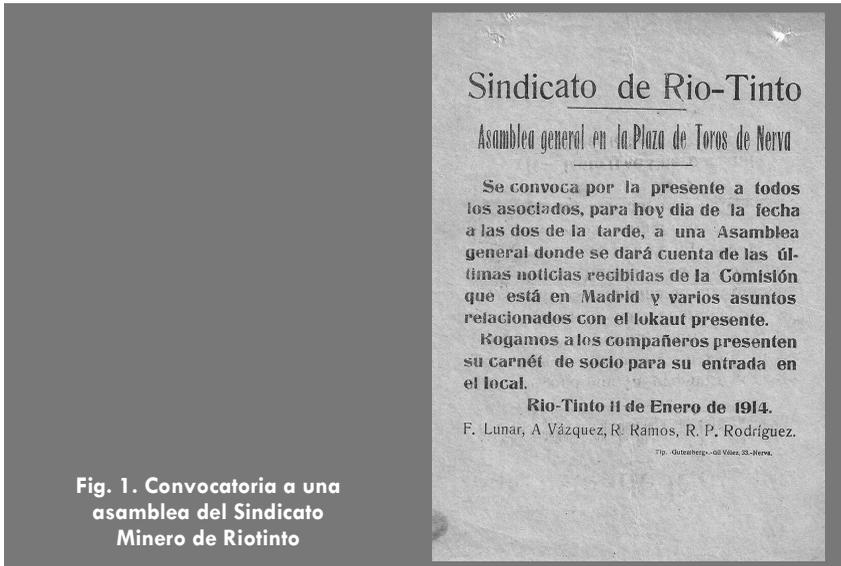
Finalmente, la mayoría de los cargos políticos, administrativos y judiciales de los pueblos de la cuenca eran empleados de la Compañía o estaban muy vinculados a ella. Y, para acrecentar el dominio, las únicas comunicaciones rápidas con el mundo exterior – ferrocarril, teléfono y telégrafo– eran de su propiedad. La empresa se aplicó fundamentalmente en la colonización de la conciencia de los trabajadores. El discurso empresarial resultante venía a corroborar un mensaje subliminal que explicaba la sumisión, el escepticismo y la indiferencia de los trabajadores: contra la Compañía nada se podía, su hegemonía era inquebrantable.

En esas condiciones, una hegemonía absoluta no tenía más remedio que propiciar una conflictividad total⁵. La fundación del Sindicato Minero de Riotinto en 1913, adscrito a la Unión general de Trabajadores (UGT), marcó el inicio de la lucha sistemática y la acentuación de las protestas en la comarca. Los trabajadores encontraron al líder ideal para canalizar sus aspiraciones de huelga general en el socialista Eladio Fernández Egocheaga, enviado por Vicente Barrio para organizar sindicalmente a los mineros de Riotinto. Éste organizó un sindicato de base múltiple, del que fue secretario y presidente, a fin de disputar a la Compañía su hegemonía en la comarca. Era un sindicato de inspiración socialista, pero más próximo a las tesis revolucionarias de la acción directa

informativo. Los trabajadores subversivos e indisciplinados pasaban a engrosar una lista confidencial que podía ser roja o negra. La lista negra señalaba a aquéllos que no debían ser readmitidos por lo menos en un año y previa consulta al director general; la roja, para quienes eran despedidos a perpetuidad, sobre todo, por actos violentos o políticos.

⁵ Gil Varón (1984) llama “decenio negro” al período transcurrido entre 1914 y 1923, por ser éstos los años de mayor concentración de protestas y revueltas obreras en Riotinto. Otra interpretación de estos años conflictivos, más apegada a la historia del trabajo, la encontramos en Arenas Posadas (1999).

que al pablismo moderado que predominaba entonces en la UGT. De hecho, los planteamientos radicales de Egocheaga –abogaba por la huelga general y la violencia sindical– y sus desencuentros con la agrupación socialista local relegaron a la organización de Riotinto a un cierto ostracismo en el ámbito nacional.



**Fig. 1. Convocatoria a una
 asamblea del Sindicato
 Minero de Riotinto**

El presente estudio reúne una serie de fuentes imprescindibles para hacer una historia de la comunicación obrera, y las explica y ejemplifica a partir de los medios de información y propaganda que desarrolló el Sindicato de Riotinto en su afán por construir una conciencia de clase y por disputarle a la Compañía británica la hegemonía económica, social y cultural de la comarca. De hecho, llegó un momento en que el paternalismo que había practicado hasta entonces la empresa (viviendas, enseñanza gratuita, pensiones,

sociedad de socorros mutuos y de ocio) resultó inútil para apaciguar a los obreros y encorsetar su insubordinación.

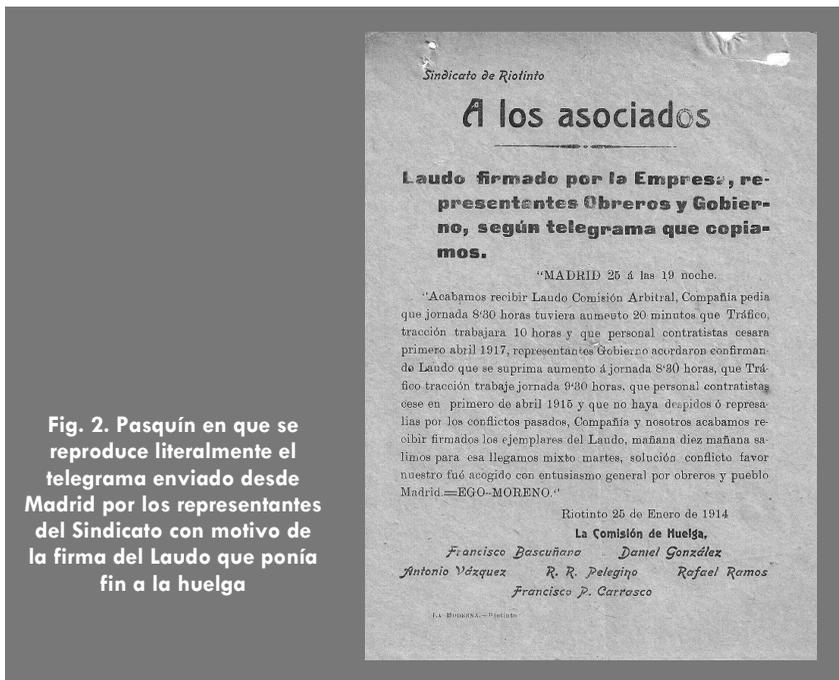


Fig. 2. Pasquín en que se reproduce literalmente el telegrama enviado desde Madrid por los representantes del Sindicato con motivo de la firma del Laudo que ponía fin a la huelga

En el marco de ese antagonismo evidente, la Compañía ostentaba una hegemonía hasta entonces inquebrantable sobre los espacios de la producción y la representación social, mientras que la organización obrera partía desde una posición subalterna. Necesitaba conformarse, articularse y consolidarse en el imaginario colectivo de la mina como una alternativa real y deseable al paternalismo empresarial. Debía erigirse en el representante de los obreros y, en ese sentido, la articulación de un discurso de identificación, la construcción de la conciencia de clase, jugaban un

papel fundamental⁶. El Sindicato, por tanto, nacía con un serio problema de identidad y de legitimidad que requería una solución radical, un conflicto con la Compañía que provocase una adhesión

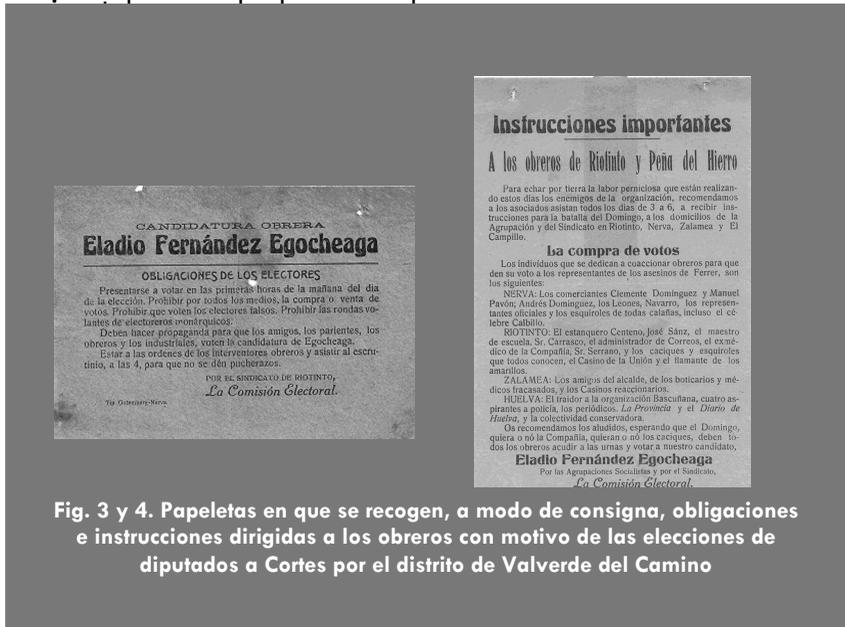


Fig. 3 y 4. Papeletas en que se recogen, a modo de consigna, obligaciones e instrucciones dirigidas a los obreros con motivo de las elecciones de diputados a Cortes por el distrito de Valverde del Camino

La huelga general del otoño de 1913, como las que se sucedieron en 1917 y 1920, fue el fenómeno más notable de la protesta obrera de Riotinto durante la segunda década del siglo XX, así como el arquetipo de la lucha de clases en la sociedad capitalista y colonial que la Compañía había creado en la cuenca minera. El origen laboral de la huelga era una lista de once peticiones formuladas por el Sindicato, que Browning se negaba a conceder. Entre las reivindicaciones destacaban la admisión de los despedidos

⁶ Ruiz Ballesteros, 2002:121.

por motivos políticos e ideológicos, la jornada de ocho horas, el aumento del jornal y la autonomía de los obreros para montar su propio servicio médico-farmacéutico, independiente del de la Compañía. Ante la intransigencia de Browning, el Sindicato aprobó, en la asamblea general del 12 de octubre, la declaración inminente de la huelga general. Ésta empezó finalmente tres días después, entre las 10 y las 12 de la noche del 15 de octubre, y afectó a todos los departamentos.

La huelga concluyó en enero de 1914, después de más de dos meses de tira y afloja entre la empresa y el Sindicato. En Madrid, delante del entonces presidente del Gobierno, Eduardo Dato, ambas partes pactaron un Laudo que concedía a los obreros pequeñas mejoras salariales y la reducción de la jornada de trabajo. En el plano simbólico y moral, la lectura que se hacía de la huelga era aun más positiva: se había sembrado la semilla de la agitación y de la conciencia de clase entre los trabajadores mediante la articulación de un discurso previamente planificado.

2. La identidad colectiva: una creación cultural

La clase obrera de Riotinto no fue el resultado automático de la evolución económica ni de las relaciones de producción derivadas del trabajo en la mina; más bien se trató de una identidad colectiva forjada por los propios trabajadores, guiados a su vez por el dictado de unos cuantos de líderes sindicales, en un proceso de

conformación social y cultural que experimentó su época de mayor intensidad en la segunda década del siglo XX⁷.

Por supuesto, identidad colectiva no significó unidad absoluta y sin fisuras. La clase obrera de Riotinto nunca estuvo plenamente cohesionada, sino que permaneció dividida por numerosas líneas de fractura. Cuando no eran los mismos líderes obreros los que se enfrentaban por rivalidades personales, lo que dio lugar a la secesión irreconciliable de un sector que se oponía radicalmente a la gestión del Sindicato, era la Compañía la que descabezaba la organización sindical de sus primeras figuras mediante la persecución judicial y el consiguiente destierro de la cuenca minera. Además, la identidad de clase no fue la única ni la predominante en todo este tiempo; de hecho, se vio obligada a coexistir, casi siempre en una relación complementaria, con la identidad colectiva basada en la nacionalidad.

De hecho, el antagonismo social y cultural entre el Sindicato y la Compañía no sólo derivaba de la clásica lucha de clases entre el capital

⁷ El presente estudio considera a la clase obrera de Riotinto, en cuanto sujeto colectivo, como el resultado de un proceso de formación, entendido éste como la construcción cultural de una identidad. Dicho planteamiento no es una novedad, ni mucho menos una provocación. Obedece a la línea de investigación abierta por los neomarxistas británicos en el campo de la *labour history* o historia del movimiento obrero. En el ámbito español, coincidimos con el enfoque adoptado por el historiador Manuel Pérez Ledesma (1997). Nos oponemos, en consecuencia, a una historia política clásica, hecha por y desde arriba, de ahí que empleemos fundamentalmente voces críticas con la empresa: los documentos producidos e impresos por los trabajadores, los periódicos y las hojas sueltas de carácter radical. Para ello planteamos la necesidad de adoptar una aproximación metodológica basada en la historia desde abajo, en la historia cultural de las representaciones y en la microhistoria. Véanse, en este sentido, Burke, Peter (1991). *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza; Chartier, Roger (1995). *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Gedisa; Foucault, Michel (1991). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta; y del mismo autor: (1999). *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets; Ginzburg, Carlo (1989). *Mitos, emblemas e indicios: morfología e historia*. Barcelona: Gedisa; Hobsbawm, Eric (1987). *El mundo del trabajo: estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*. Barcelona: Crítica; Stedman Jones, Gareth (1989). *Lenguaje de clase. Estudios sobre la clase obrera inglesa*. Madrid: Siglo XXI; Thompson, Edward Palmer (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Crítica.

y el trabajo, sino también de la situación de dominación colonial de un territorio español cuyo pueblo se sentía invadido y esclavizado. A la explotación laboral había que añadir, por tanto, el patriotismo y la xenofobia. Y estos tres lugares comunes, además de erigirse en el motor de la agitación y la rebeldía, sintetizaban la *percepción* de unas *experiencias comunes*, vividas y padecidas por los obreros durante las últimas cuatro décadas, y recreadas ahora a través del *lenguaje* y los *rituales* de clase.

En efecto, a pesar de las divisiones internas y de la coexistencia con otras identidades colectivas –la nación y el pueblo se solapaban en el caso de Riotinto con la clase–, lo cierto es que durante la década de 1910 la pertenencia a la clase obrera definió el comportamiento y el imaginario colectivo de los miles de trabajadores que entonces poblaban la cuenca minera; lo cual no deja de ser sorprendente si se tiene en cuenta que la evolución económica, y en concreto el desarrollo capitalista introducido en la región por la Compañía británica, no favoreció la homogeneidad sino la diferenciación entre los trabajadores, como consecuencia de la división del trabajo, de los distintos niveles salariales o de las jerarquías establecidas en el proceso productivo⁸.

No es, por consiguiente, en el nivel económico donde se pueden encontrar los ingredientes que propiciaron la agrupación de los trabajadores y su actuación conjunta como miembros de una clase unida. Para la creación de la identidad colectiva fueron necesarios

⁸ Un estudio más detallado en M. D. Ferrero Blanco (2003): "De la primera Guerra Mundial a la Huelga Minera de Riotinto de 1920: el problema salarial y las negociaciones entre empleados y RTC". En *Revista de Estudios Regionales*, nº 68, pp. 283-303.

otros componentes, de naturaleza cultural. Si la clase obrera de Riotinto era una identidad colectiva, lo que interesa saber es cómo sectores tan distintos y fragmentados llegaron a percibir –“sintieron y articularon”, diría Thompson– que a pesar de las diferencias formaban parte de una unidad y tenían objetivos e intereses comunes, enfrentados además a los de la Compañía y la colonia británica⁹.

El motor que impulsó ese proceso de formación de la clase obrera fue el Sindicato. Es cierto que el colectivo de trabajadores de la mina protagonizó la acción social en Riotinto: era la masa uniforme que se reunía en el Centro Obrero y que discutía acaloradamente en la taberna del periodista republicano Manuel Navarro, que celebraba el Primero de Mayo y que llenaba la plaza de toros de Nerva en las asambleas, era el público que leía los periódicos y la opinión a la que se dirigían los pasquines. Pero, en realidad, quienes impulsaron el proceso de formación cultural de la clase obrera en la cuenca minera fueron los obreros de los oficios clásicos, todavía no sometidos a las nuevas formas productivas, como el citado Navarro, o Emilio de Medio, el impresor; antiguos mineros, como Félix Lunar; y sindicalistas

⁹ La historiografía sobre Riotinto no ha abordado directamente la formación de la clase obrera en la cuenca minera y, cuando lo ha hecho tangencialmente, lo ha atribuido al desarrollo capitalista y a la fusión de dos elementos: las difíciles condiciones económicas y laborales de los trabajadores, por un lado, y la difusión de las nuevas corrientes ideológicas, como el anarquismo y el socialismo. Frente a las limitaciones del paradigma tradicional, este estudio adopta una perspectiva diferente que toma en consideración los ingredientes culturales del proceso. Entre esos ingredientes, la comunicación social –el periodismo, la propaganda impresa, los mítines y asambleas– desempeña un papel fundamental.

profesionales procedentes de Madrid, como Eladio Fernández Egocheaga o Agustín Marcos¹⁰.

3. La década dorada de la comunicación social en Riotinto

El “decenio negro” de Riotinto, como Gil Varón denomina a los años comprendidos entre 1914-1923, o la “década dorada de la comunicación social”, como esta investigación propone, se explican por un antagonismo de clases a partir de intereses contrapuestos de realización histórica: por un lado, la burguesía capitalista británica, la Compañía, que pretendía conservar intacta su hegemonía imperialista en la cuenca minera; y por otro, el proletariado oprimido y explotado, representado por el Sindicato, que aspiraba a emanciparse del yugo inglés. Dicho antagonismo no sólo fue traducido, sino también reconstruido por los medios de comunicación social vigentes en aquella época: la prensa, las hojas sueltas, las asambleas, los mítines, la correspondencia, las conmemoraciones festivas.

¹⁰ El propio Thompson explicó que en Inglaterra tuvieron un papel decisivo oficios como zapateros, tejedores, talabarteros, libreros, impresores, obreros de la construcción y pequeños comerciantes.

fenómeno periodístico y una creciente demanda social de información a lo largo de toda la década. Junto al libelismo infamatorio, la prensa era prácticamente el único órgano de opinión pública válido en la cuenca minera por su contribución indiscutible a que el pueblo se hiciera público y a que se formara una conciencia de clase propiamente obrera.

En la conformación de esa nueva conciencia de clase, la letra impresa y la palabra hablada jugaron un papel importantísimo. Hay datos que revelan la importancia de la comunicación social:

- la proliferación de la prensa radical obrera, su producción y su consumo cada vez más generalizados entre los trabajadores de la mina, lo que demuestra un interés social creciente por el acceso individual o colectivo a la información;
- la diversificación de las posibilidades de comunicación gracias, por ejemplo, a la cultura del pasquín noticioso, que convirtió la hoja suelta en el instrumento convencional de información y propaganda por su escaso coste y su fácil distribución;
- sin olvidar, en un sentido amplificador, la importancia comunicativa del baño de multitudes, del contacto directo y personal, de la agitación de las masas, que ofrecían los mítines y las asambleas celebrados en el recinto emblemático de la plaza de toros de Nerva. Los actos públicos programados por el Sindicato, entre los que

destacaba la conmemoración festiva del Primero de Mayo, heredaban la mecánica de la “comunidad de los fieles” que tanto había servido al cristianismo. Todos estos medios de comunicación social, puestos por primera vez al servicio del proletariado, dejaron en evidencia el proteccionismo paternalista de las conciencias ejercido hasta entonces por la Compañía y la obligaron a redoblar sus esfuerzos en materia de represión e instrumentación de la prensa.

De hecho, como consecuencia de la organización sindical del movimiento obrero, Browning se vio obligado a extremar su ya férreo sistema de control informativo. En esencia, hizo todo cuanto pudo por vulnerar el derecho que tenían los obreros a la libertad de expresión, mediante la prohibición ocasional de asambleas, la censura de manifiestos y una implacable persecución judicial; esa misma libertad que en España estaba garantizada por el artículo 13 de la Constitución de 1876 y regulada por la Ley de Policía de Imprenta de 1883. Pero en Riotinto la Compañía era la ley, por lo que su despótico director instauró el imperio de la mordaza con el propósito de acentuar la acción defensiva en materia de comunicación y mitigar así el efecto de la propaganda y el periodismo radical. No siempre lo consiguió: durante dos años, entre 1913 y 1915, el régimen de la mordaza no pudo contener la avalancha de hojas sueltas y periódicos que imprimía el Sindicato y permaneció en cuarentena. Luego la reacción de la Compañía fue

más dura e intransigente que nunca: dejó la organización sindical, en vísperas de la huelga de 1917, huérfana de agitadores, oradores y periodistas.

Desde el punto de vista ofensivo, la política comunicativa de la empresa se basó en la prostitución de la prensa, por medio del soborno, a fin de ocultar o reducir el impacto negativo que algunas noticias podían tener en su imagen pública. Eso en las altas esferas de Madrid. En la cuenca minera, favoreció la campaña lanzada por facciones obreras disidentes contra el Sindicato y subvencionó a una serie de periódicos locales para hacer frente a los ataques de la prensa radical obrera.

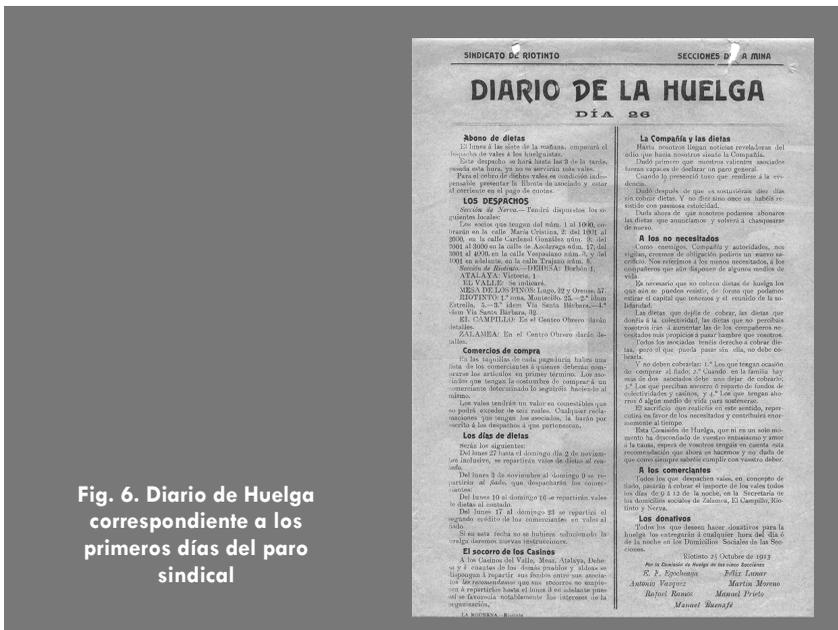


Fig. 6. Diario de Huelga correspondiente a los primeros días del paro sindical

Pese a la represión informativa de la Compañía, la prensa y la propaganda impresa cumplieron un papel fundamental en la cristalización y orientación de la formación de la clase obrera en Ríotinto. Pero no sólo como mensaje emancipador y revolucionario lanzado por unos sindicalistas que hacían de periodistas y editores, sino también como instrumento básico para informar y concienciar, lo que a veces requería la contribución de un guía que leyera y comentara en voz alta lo que decían los periódicos para que el público, mayoritariamente analfabeto, lo comprendiera.

Fue el inicio de la conflictividad social, impulsada por la incipiente organización sindical, el que estimuló las imprentas de la cuenca minera y les permitió jugar un papel destacado en la generación del clima revolucionario. Y, en concreto, fueron dos sindicalistas los que impulsaron y protagonizaron, por encima del resto, el proceso de identificación colectiva entre la clase obrera de Ríotinto: Félix Lunar, el periodista-minero, ejemplo de obrero autodidacta y comprometido; y Eladio Fernández Egocheaga, el carismático héroe proletario y, por ende, blanco de todos los ataques de la propaganda de la Compañía y de las facciones obreras opositoras.

La prensa obrera fue el principal instrumento de comunicación —o, al menos, el mejor valorado por el Sindicato— entre los trabajadores. La pobreza de medios influyó decisivamente sobre estos periódicos radicales, en general de baja calidad y escasos recursos. Además, su fundación planteaba muchas dificultades de todo tipo. Egocheaga y Lunar se vieron obligados a resolver problemas acuciantes de financiación. La ausencia de publicidad

obligaba a recurrir a fuentes de ingresos alternativas: además de los fondos procedentes de las ventas y las suscripciones, disponían de los donativos y de una pequeña parte de la cuota que, mayoritariamente, no pagaban los asociados a la organización. En definitiva, un magro capital que resultaba sumamente ajustado para cubrir los gastos de edición y que permite explicar su fugacidad. Los responsables de la organización y redacción de estos periódicos eran los líderes obreros, los cabecillas del Sindicato, conscientes de la necesidad de utilizar la propaganda escrita. A ellos se les unía un cuerpo de redactores, más o menos fijo, y un número indefinido de colaboradores, que se daban cita desinteresadamente en el centro obrero después de la jornada de trabajo.

De la precariedad, sin embargo, se hizo virtud. El Sindicato siempre contó a lo largo de la década de 1910 con un periódico que hacía la función de órgano oficial de la organización, aunque el nombre de la cabecera cambiara prácticamente cada dos años: *Acción Minera*, *Riotinto Libre*, *El Combate*. Además, los periodistas obreros cultivaron con bastante éxito de público un tipo de prensa caracterizado por la ironía, el humor, el cinismo y la agresividad. Se trataba de la prensa satírica. Su mejor exponente fue *La Chinche*, por su recurso constante a la provocación y al escándalo.

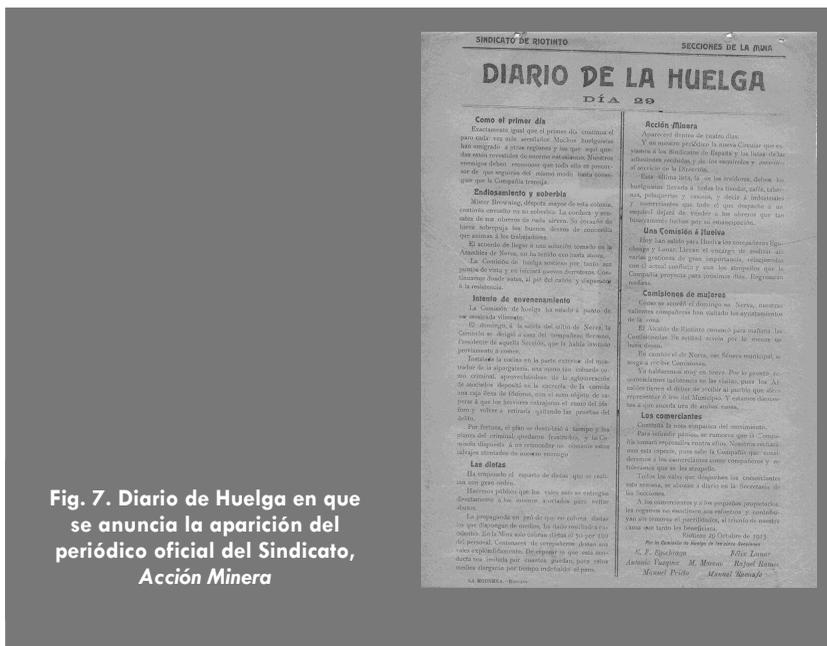


Fig. 7. Diario de Huelga en que se anuncia la aparición del periódico oficial del Sindicato, Acción Minera

El periódico, ya fuera serio o satírico, no fue el único medio de comunicación escrita en la cuenca minera. De hecho, la cultura del pasquín noticioso se extendió más fácilmente que la prensa entre los obreros ya que, con mayor facilidad, podía sustraerse al control y a la represión comunicativa que ejercía la Compañía. Según su finalidad, estas hojas sueltas podían dividirse en tres categorías: las que daban una respuesta informativa inmediata a los acontecimientos sociales más relevantes; las que surgieron como consecuencia del canibalismo sindical que dividió al movimiento obrero a partir de la huelga de 1913; y las que difundían manifiestos y consignas entre los trabajadores. Estos pasquines eran altavoces de la tribuna que había en la plaza de toros de Nerva y,

gracias a su calado social, sacaban a relucir las experiencias compartidas por los obreros.

Lo que sí encontramos, tanto en la prensa como en las hojas sueltas, es una serie de lugares comunes que reflejaban la visión sindical en torno a distintos aspectos de la realidad social de la cuenca minera. Algunos de estos tópicos eran los siguientes:

- La experiencia en el trabajo. Los periódicos y los pasquines describían las miserables condiciones laborales, las manifiestas injusticias que la Compañía cometía impunemente, pero también hacían hincapié en la lucha por la mejora de la vida. Los mitos más frecuentes eran la huelga, la reducción de la jornada a las ocho horas, la necesidad de la organización sindical y el servicio médico alternativo al de la empresa.
- Las huelgas. Se presentaban como un mecanismo de reivindicación social y laboral, como un ejercicio necesario de conciencia y de dignidad proletaria que solía alcanzar los objetivos previstos, fortalecía la unidad de los trabajadores y afianzaba el Sindicato.
- La cárcel. Era el instrumento en manos de la Compañía para defender su explotación capitalista y su dominación colonial sobre los mineros oprimidos. Mientras que sus infamias y sus represalias injustificadas no eran castigadas, la actividad sindical y comunicativa de los líderes obreros era condenada con penas duras e injustas. El caso de Egocheaga, imputado de hasta siete

delitos a la vez, encarcelado y juzgado en varias ocasiones, y condenado definitivamente al destierro de la cuenca minera, fue el más paradigmático. La cárcel era, por tanto, una forma de defensa y de arbitrariedad usada por Browning frente a quienes, como Egocheaga, luchaban por la justicia y la igualdad.

- Los enemigos de la clase obrera. La Compañía, personalizada en la figura de su director, era el enemigo principal de la organización y el antagonista de muchos de sus escritos. Junto a la empresa, figuraban todos los que eran acusados de servilismo a los intereses empresariales. Los lacayos de Browning, los traidores de la causa proletaria, estaban formados por las facciones obreras que se oponían al Sindicato, sobre todo los anarquistas; por los capataces y jefes de departamento; por los guardiñas; por los periódicos afines a la Compañía; por las autoridades políticas, desde el Gobierno hasta los Ayuntamientos; e incluso por los jueces, que sentenciaban a los huelguistas y agitadores al dictado de la empresa, y que eran vistos como defensores de la injusticia y de condenas opresoras y terribles.

La prensa y las hojas sueltas del Sindicato, cuya máxima pretensión —aunque no la única— era la de servir de elemento de cohesión entre los trabajadores y como vehículo de adoctrinamiento y

propaganda, presentaban una serie de características generales: casi todos los argumentos y planteamientos temáticos eran de una gran simplicidad, recurriendo a tópicos y a una visión arquetípica y maniquea de la sociedad; las cuestiones formales y estilísticas quedaban siempre en un plano muy secundario, por lo que utilizaban un léxico bastante limitado, frases largas y ampulosas, introducción de preguntas melodramáticas, reiteración de adjetivos, imágenes y comparaciones que denotaban falta de imaginación y originalidad; se limitaban a reflejar las ideas más comunes del pensamiento socialista. Sus autores se dividían en dos grupos, el grupo de anónimos y desconocidos que colaboraban en los periódicos escribiendo esporádicamente algún que otro artículo, y la elite, los directivos del Sindicato, que editaba los periódicos y agitaba a las masas obreras en la plaza de toros.

La canalización de la agitación revolucionaria de los trabajadores, sobre todo en los períodos de máxima tensión como las huelgas, fue uno de los factores explicativos del proceso de formación de la clase obrera en Riotinto y de su brusca parálisis hacia 1920. Desde la huelga general de 1913, el Sindicato se esforzó en controlar y canalizar, en su provecho, la indignación espontánea de los trabajadores, alimentada debidamente con las “infamias” cometidas por la Compañía y por su tiránico director. En esa función canalizadora fue decisiva la fijación de una nueva imagen de autoridad superior: la organización sindical, que venía a rivalizar y a acabar con la hegemonía empresarial. Precisamente, para canalizar la opinión y la acción de los trabajadores, ambas rigurosamente interrelacionadas, el Sindicato creó y empleó una serie

de instrumentos de comunicación social entre los que destacaron el Centro Obrero, la prensa radical y el mitin de propaganda. A partir de ahí, la conducta de los obreros se reguló mediante una nueva simbología que trató de encontrar un nuevo lenguaje de clase, de identificación colectiva, con el propósito de propiciar la toma de conciencia, la interiorización del cambio.

Durante la década de 1910, la formación de la clase obrera de Riotinto se pretendió mediante la introducción de un nuevo lenguaje de clase, la formulación de conceptos como los de explotación, emancipación y unidad, a través de la elaboración y difusión de mitos, rituales y símbolos, como el Primero de Mayo, o mediante la visión antagónica y estereotipada de la sociedad: todos esos ingredientes, debidamente reproducidos por los medios de comunicación social al alcance del Sindicato, trataron de hacer posible la construcción cultural de una nueva identidad entre los obreros. En clara oposición a una visión derrotista y pesimista, que subraye en exceso el fracaso de la organización sindical del movimiento obrero, este estudio considera el esfuerzo de los mineros de Riotinto por darse una conciencia de clase como la puerta abierta a un proceso, como el intento frustrado de una revolución imposible contra la todopoderosa Compañía británica, y como un ejemplo paradigmático, aunque inconcluso, de la formación de la clase obrera.

4. la cultura del pasquín noticioso

La prensa no fue el único medio de comunicación escrita de la cuenca minera. El Sindicato empleó con bastante profusión una vía alternativa y complementaria para difundir y manifestar sus ideas entre los obreros: las hojas sueltas u hojas volantes. Se trataba de un modo primario de periodismo, pero también era el cauce propicio para sortear los sistemas coercitivos impuestos por la Compañía, que trató de amordazar a la prensa radical y a sus periodistas durante este periodo. Incluso las facciones obreras que se oponían a la gestión de Egocheaga basaron su campaña de descrédito y difamación, más que en la prensa, en la publicación incesante de hojas sueltas.

La demanda creciente de información que Riotinto experimentó en la década de 1910 contribuyó a generalizar la cultura del pasquín noticioso. Estas hojas sueltas, de periodicidad irregular y gran heterogeneidad, proliferaron como consecuencia de la concatenación de intereses: los agentes sociales más relevantes de la sociedad minera –la Compañía, el Sindicato y los obreros disidentes– necesitaban difundir sus consignas e informar a la población; y ésta se sentía dominada por una sed de noticias que sólo podían saciar aquéllos.

Se trataba de un periodismo virulento y sarcástico, que reflejaba el clima de hostilidad y tensión permanentes en que discurría la vida cotidiana de la comarca. Evidentemente, expresaba las ideas, las aspiraciones y los intereses de aquellos que promovían

y costeaban su impresión. Su perfil alternativo, alejado de la rigurosidad formal y estética del periódico, le imprimía un carácter más informal, sin ataduras de estilo y con rienda suelta en los contenidos, con una manifiesta agresividad verbal en algunos casos y sin la preocupación por ofrecer al lector una objetividad periodística. Por supuesto, se repartían gratuitamente entre los obreros o se depositaban en sitios públicos, como la taberna o el centro obrero, por lo que la difusión era muy superior a la tirada. De hecho, no era extraño ver a pie de página la siguiente frase: “Leed este manifiesto y pegadlo en las puertas y esquinas”.

Las hojas sueltas eran textos redactados a una o dos columnas y rara vez superaban la página. Tampoco se imprimían por las dos caras. El formato habitual era el folio, reservado para el manifiesto, pero también se empleaba el cuarto e incluso el octavo, sobre todo cuando se trataba de dar una consigna. Todas las hojas incluían un pequeño colofón donde se informaba al lector del lugar de la impresión. Casi la práctica totalidad de las impresiones del Sindicato se realizaban en las imprentas de Emilio de Medio: la tipografía “Gutenberg”, en Nerva, y “La Moderna”, en Riotinto.

En cuanto a la autoría, las hojas del Sindicato siempre aparecían firmadas, ya fuera por la Comisión de huelga, el Comité o algunos de sus directivos; de forma individual, era Egocheaga, por su condición de líder carismático y héroe proletario, el que con más profusión inscribía su nombre al pie de la página.

Un aspecto importante de estos documentos era el encabezamiento, que cumplía habitualmente una clara función

exhortativa, apelando al lector. Su composición era muy breve y empleaba la preposición “a” más el colectivo al que iba dirigido, generalmente los trabajadores, la clase obrera, aunque también se empleaban conceptos más amplios como el pueblo y más vagos como la opinión. Complementariamente, el encabezamiento iba seguido de un titular breve que trataba de conservar su vocación informativa: “La lucha entra en su período álgido”, “La Compañía lanza al locaut”; aunque no siempre lo conseguía: “El sacrificio de las dietas”, “La última infamia de la Compañía”, “Alerta, alerta”, “La disciplina como arma de defensa”.

La viabilidad económica constituía una ventaja importante sobre la prensa periódica. Pese a su distribución gratuita, nunca superaban la página, de manera que los costes de impresión eran inferiores. Sin embargo, su principal ventaja residía precisamente en la ausencia de una periodicidad marcada de antemano. Efectivamente, las hojas sueltas podían informar de cualquier acontecimiento de la noche a la mañana. Y este factor las diferenciaba de la prensa obrera, sujeta a una periodicidad semanal, si bien ésta trataba de vencer este obstáculo con la publicación de suplementos extraordinarios cuando la ocasión lo requería.

No obstante, ambos medios de comunicación escrita, hojas sueltas y periódicos, compartían el mismo objetivo doble: la información y la opinión. Los semanarios obreros eran un producto periodístico más elaborado que las hojas sueltas, indudablemente por el mayor número de páginas, que permitían incorporar contenidos variados: noticias locales, artículos de fondo, viñetas de humor,

canciones, folletines literarios. Pero esa era exclusivamente una diferencia formal. En el fondo, ambos desempeñaban la misma función.



Fig. 8. Diario de Huelga en que se informa del acuerdo pactado por el Comité de Huelga y el director de la Compañía, Walter J. Browning

La cultura del pasquín noticioso demostraba, por tanto, que la propaganda no era posible sin una aportación constante de información. Había que alimentar la agitación irracional de los obreros con un flujo continuo de noticias extraídas de la realidad política, social y laboral de la cuenca minera. Y esto era posible porque el Sindicato contaba con la cooperación interesada de los trabajadores, una multitud de corresponsales populares que eran también los mismos que luego leían los periódicos.

Junto al periódico, el pasquín y el volante constituían las armas predilectas de la propaganda impresa utilizada por el Sindicato. En concreto, el volante estaba redactado en forma breve y

contundente, y tenía una ventaja sobre el periódico y el pasquín: era poco engorroso, es decir, se imprimía a muy bajo coste y en muy poco tiempo; y se podía distribuir fácilmente bajo la protección del anónimo.

Durante la huelga general de 1913, la comisión sindical que viajó a Madrid para negociar el Laudo con la Compañía, enviaba diariamente un telegrama en el que daban sus impresiones y resumían las últimas noticias. El texto se reproducía íntegramente y se publicaba en los *Diarios de huelga* y en hojas sueltas. El tono era muy optimista y siempre se decía que la victoria definitiva de los obreros estaba próxima. El pasquín del 9 de enero de 1914 se cerraba con un breve despiece, titulado “Telegrama recibido a las 10 mañana”. Se trataba de una consigna enviada por Egocheaga a los líderes obreros que habían quedado en la cuenca minera. “Llegamos bien; mañana viernes nueve mañana hablaremos Dato; reuniremos Comisión Arbitral, buenas impresiones. Publicad Diario Huelga, diciendo que Prensa Madrileña, incluso ABC y La Tribuna están contra Compañía, dando razón a los obreros. Debéis estar contacto parados, excitarles sostengan unidos; triunfo seguro. Egocheaga”¹¹. Cuatro días más tarde, el 13 de enero, se imprimía una octavilla en el que se reproducía el último telegrama recibido. Después de explicar algunos puntos acordados con la Comisión Arbitral, se daba la consigna: “Impresión nuestra, excelente. Contener por todos los medios la huelga, pues creemos resultados favorables”. El único

¹¹ Archivo de la Fundación Río Tinto (AFRT, en adelante). Legajo 1838. “Sindicato de Riotinto”. F. Lunar, R. Ramos, R. P. Rodríguez. Riotinto, 9 de enero de 1914.

instrumento de presión que el Sindicato tenía en sus manos era la huelga; no se podía desfallecer ahora que quedaba tan poco.

A diferencia de la escasez de contenidos informativos que caracterizó a la formación de la clase obrera en España, el caso de Riotinto destacó por la abundante cantidad de noticias locales que permitían ejemplificar y concretar esa simbología tan abstracta y estereotipada. No sólo los periódicos, sino también cualquier hoja suelta, se referían a temas del momento o examinaban acontecimientos históricos precisos –como el “año de los tiros”, en 1888– que desvelaban la explotación capitalista de la Compañía y las posibilidades de emancipación de los mineros.

El 24 de junio de 1914 se publicaba una hoja que representaba el paradigma de esta cultura del pasquín noticioso. La hoja reproducía íntegramente una carta firmada por mister R. B. Cunninghame Graham, accionista de la Compañía británica y “defensor de todas las causas justas”, que el periódico inglés *Daily News and Leader* había publicado una semana antes.

Sr. Director del Daily News and Leader.

Muy señor mío: Escribo como accionista de las minas de Riotinto, con objeto de llamar la atención pública de este país (Inglaterra) sobre lo que está pasando en aquella región.

Ha habido allí frecuentes huelgas contra los salarios bajos y las jornadas largas. El gobierno español ha recomendado unas veces, y ordenado otras, que se lleven a cabo ciertas reformas. Y se dice que no se ha hecho caso de las decisiones del Gobierno.

(...)

Por consiguiente, propongo yo a todos los que en este país poseen acciones de Riotinto que ejerzan la más enérgica presión sobre los directores de la Compañía para otorgar a los obreros las peticiones de jornadas más cortas y mejores jornales. Puede haber, claro es, accionistas pobres que han invertido en esas minas todo lo que tienen; pero también hay quienes no se arruinarían por sacrificar los dividendos de un año. Propongo, pues, además, que aquellos que podemos remitamos a la caja de los huelguistas los dividendos de un año y que todos nosotros descarguemos nuestra responsabilidad, ejerciendo la mayor presión posible sobre la Compañía, la cual, si son ciertos los informes que llegan de Riotinto, nos está llenando de oprobio¹².

Pero lo mejor no era la carta en sí, sino la apostilla que el Comité del Sindicato incluía al pie de la página: “Por nuestra parte, no queremos hacer comentarios; cuando los accionistas hablan en este sentido, a nosotros no nos queda más que dejar a la opinión imparcial juzgue quién es el causante de lo que en esta zona ocurre”. Las palabras del accionista inglés habían caído del cielo como agua de mayo y, tras una manipulación adecuada, permitían al Sindicato afianzar su credibilidad y su prestigio entre la clase obrera.

¹² AFRT. Legajo 1838. “El Sindicato de Riotinto a la opinión. Un accionista de Rio-Tinto”. El Comité del Sindicato. Riotinto, 24 de junio de 1914. Desconocemos cómo llegó la carta a manos de los obreros, puesto que dudamos mucho que leyeran periódicos ingleses, a no ser que se extraviase alguno de los que llegaban al club social que tenía la colonia británica en su barrio de Bella Vista.

Una semana después, Egocheaga se refería a la carta durante un mitin y planteaba a los trabajadores una quimera más que una posibilidad. Ya lo decía Lunar: de sobrada imaginación, “llevaba su fantasía montada en zancos”.

Ya no dirá el director que sólo somos nosotros los que nos quejamos, los amenazadores, los que queremos levantar el espíritu de justicia. A ese accionista debemos informarle de nuestras penalidades y de la forma en que se realizan los trabajos en las minas, a ver si logramos que se desprenda de unas cuantas acciones y nos las regale y pudiéramos algún día figurar en el Consejo de Administración de la Compañía y poder pasar a dar órdenes al propio Director como capitalistas¹³.

De este modo, el recurso a lo concreto, el suministro de información, favoreció la creación de una identidad de clase y la consecución de una serie de objetivos: difundir tramas de significación comunes, desarrollar sentimientos de pertenencia a la colectividad, promocionar emociones y, en último término, impulsar a la acción colectiva.

Para alcanzar estos objetivos, la imagen de la sociedad que se transmitía a través de esos múltiples canales se podía condensar en dos rasgos bien definidos: por un lado, la frecuente y dramática representación de la miseria y los desheredados; por otro, una visión dualista de la estructura social teñida de fuertes connotaciones

¹³ AFRT. Legajo 1818. Transcripción literal del Mitin obrero celebrado en Nerva el día 30 de junio de 1914.

morales. En una hoja del 18 de julio de 1915, el Sindicato hacía “un franco y radical deslinde de los dos bandos beligerantes”. De su parte estaban “todos los hombres libres, todos los que luchan por conquistar para sus hijos una sociedad más justa”; “los que no olvidan la vergonzosa historia de esta despótica Compañía” y sus numerosas infamias: “nosotros, con los desheredados, con los perseguidos, con los hambrientos, con los descamisados, con los despreciados”. En su contra, enumeraba una larga lista de traidores que encabezaba “el Director de Rio-Tinto, como cabeza de turco de una *troupe* de eunucos”, seguido por “los *desinteresados* defensores de la clase trabajadora, que no chupan cuotas ni cobran sueldo, ni trabajan, ni tienen capital, pero viven y tienen dinero para publicar periódicos y manifiestos, combatiendo a la organización”. Del lado de la Compañía también estaban los jefes y capataces, “los que maltratan a los trabajadores en los departamentos y oficinas”. Una vez establecido el antagonismo, la hoja concluía con un frase lapidaria: “No hay más dilema: o con ellos o con nosotros”¹⁴.

En las ilustraciones de los periódicos, los explotadores —el director de la Compañía y sus secuaces— aparecían representados con todo tipo de deformidades, prueba clara de sus vicios y sus defectos, o identificados directamente con animales feroces e inmundos. A Browning, por ejemplo, se le identificaba constantemente con una hiena con el propósito encubierto de exagerar su despotismo y su tiranía, de acentuar el miedo hacia el enemigo para fortalecer la unidad de la clase obrera en torno al Sindicato.

¹⁴ AFRT. Legajo 1838. “Sindicato de Riotinto. Se impone deslindar los campos”. El Comité. Nerva, 18 de julio de 1915.

La hiena pide carne.

(...)

Sus ojos de felino de la selva, inyectados en sangre, que despiden bocanadas de fuego, piden más víctimas que inmolar, más sangre que beber, más desolación que asesine alevosamente los hogares proletarios.

La hiena aúlla y con sus gritos salvajes estremece los pueblos.

(...)

La hiena quiere excitar a las masas. Quiere llevarlas a campo raso y allí caer sobre ellas y devorarlas; quiere que los obreros se indignen y abandonen el trabajo; quiere excitar la solidaridad. ¿Sabéis para qué? Para suspender todos los trabajos, para dar cerrojazo a la explotación y echar la culpa a los trabajadores. Esto se busca y esto se quiere¹⁵.

Pero igual que se le caracterizaba como a una hiena se le describía como un chacal o un reptil o se le asemejaba a un payaso de circo o al mismísimo Satanás. Browning era un capitalista cruel que ejercía su poder como un tirano no sólo en la empresa sino también en toda la cuenca minera.

Es de advertir también que, si los obreros pasamos vicisitudes y miseria, ese gran tirano, el chacal que tiene su guarida en Bella Vista, llega al paroxismo de la desesperación y al igual que el reptil venenoso que habita bajo las piedras y se conoce con el nombre de

¹⁵ AFRT. Legajo 1838. "Desde la cárcel de Huelva. La hiena pide carne". Eladio Fernández Egocheaga. Cárcel de Huelva, 8 de octubre de 1914. Publicada en Riotinto el 9 de octubre por Agustín Marcos.

“alacrán” al verse cercado por el fuego, vuelve sobre sí su ponzoñoso aguijón hasta quitarse la vida; así, repetimos, ese gran tirano, exasperado ante la tenacidad que sus esclavos oponen ante la defensa de un derecho que él pretende hollar, se entrega a las mayores extravagancias, ora inventando ridículas patrañas, ora haciendo divertidísimas piruetas, asemejando clowns de circo, con que pretende, a manera de *tío vivo*, engañar a todo el mundo para sacar adelante sus satánicos propósitos¹⁶.

Los pasquines y los periódicos manifestaban también esa dicotomía social mediante el enfrentamiento de dos estereotipos: a un lado, el látigo inglés de una Compañía sin entrañas, sin sensibilidad social, sin conciencia, vuelta de espaldas al Progreso¹⁷; al otro, los mineros, que eran pobres, humildes, desgraciados, sencillos, infelices, míseros, tristes, olvidados, sufrientes, rudos, francos. Y, junto a ellos, los huérfanos y las mujeres, los desahuciados y mendigos, las prostitutas y los pobres en general.

¹⁶ AFRT. Legajo 1838. “Sindicato de Riotinto”. F. Lunar, R. Ramos, R. P. Rodríguez. Riotinto, 9 de enero de 1914.

¹⁷ AFRT. Legajo 1838. “El Sindicato Minero de Riotinto a la opinión española. Solidaridad por nuestra liberación”. Eladio Fernández Egocheaga. Nerva 1 de abril de 1915. A causa del impago de las cotizaciones, el Sindicato necesitaba dinero para sostener el servicio médico y los centros obreros, y se vio obligado a dirigirse a la opinión pública española en busca de donaciones económicas. En su alegato, Egocheaga enumeraba los logros de la organización obrera y describía el “ambiente de tiranía y espionaje” que la Compañía había impuesto en Riotinto; un estado de excepción en toda regla, en virtud del cual su director intervenía “escandalosamente” la vida política de la comarca y no respetaba la Constitución española vigente, ni los derechos ni las libertades más fundamentales.

El lenguaje de clase, la formulación de conceptos como los de explotación, emancipación y unidad, la elaboración y difusión de mitos, rituales y símbolos, como el Primero de Mayo, la visión antagónica y estereotipada de la sociedad: todos esos ingredientes hicieron posible la construcción cultural de una nueva identidad entre los obreros de Riotinto, y la paulatina sustitución de identidades precedentes o alternativas.

5. El *Diario de Huelga*: un discurso. un portavoz

La huelga general de 1913, primer asalto del combate por la hegemonía entre la Compañía y el Sindicato, no fue un conflicto laboral sin más, propio de la época, que enfrentaba al capital con la fuerza de trabajo. En Riotinto, la lucha social afectó también al terreno cultural al adoptar ribetes patrióticos y xenófobos. El paternalismo de la Compañía resultó insuficiente e ineficaz para compensar el colonialismo que ejercía en la práctica. La población de la cuenca jamás olvidó la tragedia de 1888, la extrema crueldad de la represión. A partir de esa fecha fatídica, se empezó a generar hacia todo lo inglés un confuso sentimiento de miedo y odio, que afloraba violentamente ahora, en 1913, y complicaba aún más la tensa situación que se vivía.

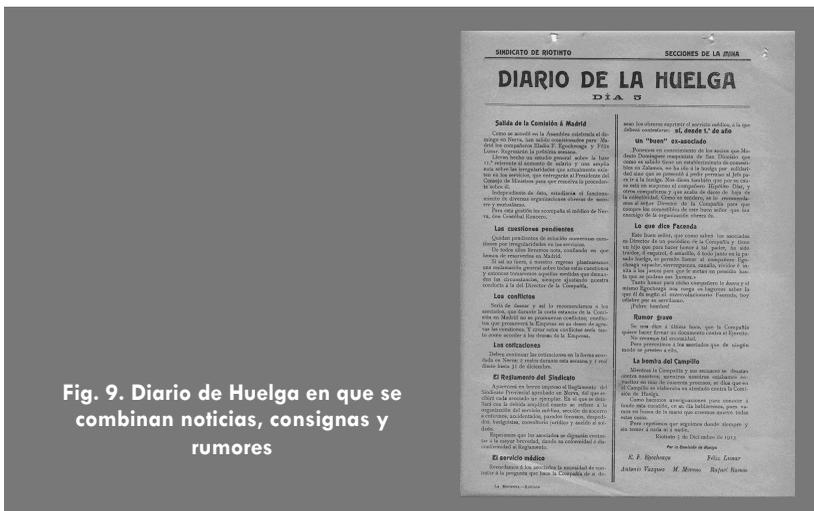


Fig. 9. Diario de Huelga en que se combinan noticias, consignas y rumores

Lunar se opuso, desde el principio, a la huelga. Era una causa necesaria y justa, pero la veía más como una estratagema de Egocheaga, un forastero que ni siquiera trabajaba en la mina, para justificar su presencia y su liderazgo en Riotinto. Se trataba, además, de un combate desequilibrado: por un lado, una masa de 15.000 obreros que vivían al día; por otro, una poderosa empresa que podía permitirse el lujo de perder dinero con tal de imponer al final su criterio. Ningún factor aconsejaba la huelga: ni el déficit de experiencia societaria que acusaba el Sindicato, que encima vivía aislado del movimiento obrero nacional, ni la carencia de recursos económicos. Esos mismos argumentos fueron los que Lunar expuso en una asamblea general celebrada en la plaza de toros de Nerva. Pero la atmósfera no era la más favorable para que su discurso, cargado de prudencia, calara en un auditorio que sólo quería escuchar una palabra: huelga. Su advertencia, por tanto, fue silenciada por el clamor popular. Como él mismo reconoció después

en su autobiografía: “Todo aquello no tenía importancia. Había que ir a la huelga. Y fuimos”¹⁸.

El Sindicato acabó declarando la huelga general contra la Compañía a mediados de octubre. En ese momento, la periodicidad semanal que hasta entonces había caracterizado a la prensa obrera resultaba improrrogable e inoperante. Ahora el periodismo debía dotarse de la urgencia y la inmediatez que concedía una publicación de frecuencia diaria. Era la única forma de satisfacer la demanda social de información que estaba creciendo vertiginosamente en toda la cuenca minera. En aquellos tiempos de conflictividad declarada e incertidumbre, las noticias que generaba la huelga se convirtieron en un bien bastante valioso y altamente solicitado.

Durante los tres meses que duró el conflicto¹⁹, resuelto definitivamente con la firma del Laudo ante el presidente del Gobierno en enero de 1914, el Sindicato publicó ininterrumpidamente el *Diario de Huelga*. Salió a la calle por primera vez el día 16 de octubre²⁰. Era una hoja suelta dirigida a los

¹⁸ Lunar, 1991 (1956): 231.

¹⁹ Gil Varón, 1984: 152. En concreto, habían sido 35 días de huelga general seguidos por 43 días de vuelta paulatina al trabajo, en los que las lentas reincorporaciones habían llevado consigo despidos, traslados de departamentos, cambios de categorías y esperanzas de que el 1 de enero empezaran a cumplirse las promesas. Como no se cumplieron, el 2 empezaba el *locout*, que junto con una semana final de huelga, duró hasta el 26 de enero, en que todos los obreros se reincorporaron al trabajo pensando que todo estaba solucionado. Finalmente, el 2 de febrero, la Comisión de huelga publicaba el texto del laudo con el propósito de normalizar la situación.

²⁰ En el Archivo de la Fundación Río Tinto se conservan numerosos *Diarios de Huelga*. Mezclados con otras hojas sueltas generadas por la huelga, están impresas en papel de diferentes colores y abarcan un período comprendido entre el día 16 de octubre de 1913, día de inicio de la huelga, y el 8 de enero de 1914.

trabajadores, según decía en su presentación: “para estar constantemente en contacto con vosotros”²¹.

El *Diario de Huelga* cumplía una doble función. En primer lugar, difundía las últimas noticias y las consignas pertinentes entre los mineros parados, a fin de tenerlos informados y de contener su impaciencia y sus ansias violentas de revolución. “No procedáis por vuestra iniciativa, sino esperando a nuestras resoluciones”²². Y, en segundo lugar, se encargaba de adoctrinar, movilizar y manipular a las masas obreras, así como de construir lazos de solidaridad y de conciencia de clase para enfrentarse con garantías de éxito a la omnipotente Compañía. Se trataba de la cuestión clave de la unidad sindical y la resistencia, repetida hasta la saciedad no sólo en el *Diario de Huelga*, sino también en todas las hojas sueltas que imprimió el Sindicato durante el conflicto. “La Comisión de huelga sostiene por tanto sus puntos de vista y no iniciará nuevos derroteros. Continuamos donde antes, al pie del cañón y dispuestos a la resistencia”²³.

Y no había nada mejor para fortalecer la unidad que recurrir constantemente a la amenaza del enemigo público número uno del Sindicato y de los mineros: Walter James Browning, el director general de la Compañía, al que acusaban de endiosamiento y soberbia. Según el *Diario de Huelga*, Browning era un coloso tirano de corazón de hierro y sentimientos de chacal; el negrero mayor del Reino o el déspota mayor de esta colonia, aquél que, siendo el único

²¹ AFRT. Legajo 1838. *Diario de Huelga*. 16 de octubre de 1913.

²² AFRT. Legajo 1838. *Diario de Huelga*. 17 de noviembre de 1913.

²³ AFRT. Legajo 1838. *Diario de Huelga*. 29 de octubre de 1913.

responsable de la ruina de Riotinto, tenía la osadía de pasearse a caballo entre los grupos de obreros hambrientos en un inhumano acto de provocación.

La Comisión de huelga llegó a pedir incluso la cabeza de Browning en una hoja suelta, publicada el 18 de noviembre. “Y de paso pidamos que ese hombre hiena, Walterio, sea destituido de su cargo por tirano, por enemigo del pueblo, por promotor de días tristes, por causante del hambre que padecéis, por inepto y por mal intencionado”²⁴.

Sabedora de que la Compañía no se iba a quedar de brazos cruzados, el *Diario de Huelga* advertía a los trabajadores de la política de desinformación que ésta estaba desarrollando. “Nota: despreciad los papeluchos que publique la Compañía para desorientaros. Pensar que la Compañía es vuestro enemigo, vuestro mayor enemigo”²⁵.

El *Diario de Huelga* salía a la calle todos los días con la rúbrica, a pie de página, de la Comisión de Huelga. Siempre aparecían los nombres de las máximas figuras del Sindicato en la mina, un quinteto integrado por Eladio Fernández Egocheaga (presidente), Félix Lunar (por la sección de Nerva), Antonio Vázquez (por Zalamea), Martín Moreno (por Riotinto) y Rafael Ramos (por El Campillo). En la primera mitad de la huelga, también figuraron otras tres firmas que desaparecieron repentinamente a finales de

²⁴ AFRT. Legajo 1838. *Diario de Huelga*. 18 de noviembre de 1913.

²⁵ AFRT. Legajo 1838. *Diario de Huelga*. 16 de noviembre de 1913.

noviembre: Manuel Buenafé, Manuel Prieto y José Mancha²⁶. Representaban a la sección de Huelva del Sindicato, de tesis más moderadas, presidida por Bascuñana y partidaria de mantener la adscripción a la Federación de Ferroviarios.

Impresa en la tipografía La Moderna, con sede en Riotinto, el *Diario de Huelga* se presentaba ante el lector con una apariencia y un estilo inconfundibles. En formato folio, ocupaba una página, impresa por una cara solamente y coloreada de diferentes tonalidades: blanco, verde, morado, azul, rojo, naranja, celeste²⁷. En ocasiones, la hoja se quedaba pequeña para contener todo el volumen de información. Por mucho que se redujera el cuerpo de la letra, se comprimieran las líneas y se estrecharan los márgenes, era demasiada noticiabilidad para tan poco espacio. “Los muchos asuntos de hoy nos impiden tener la *honra* de publicar más nombres de esquirols. Nunca es tarde”²⁸.

Presidía la publicación una cabecera bien diferenciada tipográficamente, a la que seguían dos columnas de información comprimida, sin espacio para ilustraciones, donde las noticias se

²⁶ Terminada la huelga, José Mancha abandonó el Sindicato. Reapareció en la esfera pública meses más tarde, pero en esta ocasión al servicio de la propaganda de la Compañía y lanzando al pueblo de la cuenca minera hojas sueltas contra el Sindicato y Egocheaga.

²⁷ Esta tendencia a utilizar papel coloreado en los Diarios de Huelga, que también se aplicó a muchas de las hojas sueltas que imprimía el Sindicato, era claramente una herencia adquirida de los pliegos de cordel. El *Diario de Huelga* era una hoja frágil y ligera, de gran pobreza en su aspecto físico. Se trataba de papel mecánico, de peor calidad y menos resistente al paso del tiempo, que había sustituido al papel de hilo a mediados del siglo XIX. Por eso se empleaba el color: para dotarlas de un mayor atractivo, con vistas a incitar su lectura, totalmente independiente del contenido. En muchas ocasiones, sin embargo, el color resultaba tan intenso que dificultaba excesivamente la lectura de las noticias, prácticamente ininteligibles. Léase en este sentido Botrel, 1993: 152-153.

²⁸ AFRT. Legajo 1838. *Diario de Huelga*. 24 de octubre de 1913.

caracterizaban por su brevedad –nunca superaban los tres párrafos– y por titulares sintagmáticos, claramente informativos, en negrita. Cerraba la hoja, a modo de colofón, algún que otro eslogan apasionado y alentador (¡Vivan los trabajadores huelguistas de Riotinto! ¡Viva la huelga general!), la fecha de publicación, la firma colectiva de la Comisión y el nombre de la imprenta, para otorgar credibilidad y veracidad a lo que se decía. Su lenguaje era ameno, sencillo, directo, apelativo y, en ocasiones, se adornaba con ciertas dosis de exaltación y romanticismo proletarios.

¡Huelguistas! Dejad que toque la sirena, que sus sonidos lejos de amedrentarnos servirán de clarín de combate. España entera nos mira y ahora más que nunca vamos a demostrar a la faz del mundo que somos hombres. (...) Si alimentados supimos luchar hambrientos lucharemos más encarnizadamente. Sépalo el Director, ese déspota responsable de este paro, esa hiena que oye impasible los quejidos de los niños hambrientos, ese tirano que adquirió su fiereza dando latigazos a los negros, ese Zar infame que nos provoca y nos calumnia²⁹.

Su contenido era muy heterogéneo, pero siempre aparecía engarzado por el denominador común de la huelga general y la injusta explotación de la Compañía. La convocatoria de una asamblea, por ejemplo, se anunciaba en lugar preponderante y destacada tipográficamente del resto de la información; y, además,

²⁹ AFRT. Legajo 1838. *Diario de Huelga*. 1 de noviembre de 1913.

se incluía el orden del día para atraer a los obreros y asegurar así su asistencia. Eran habituales también las noticias sobre el desarrollo de la huelga y las negociaciones con la Compañía y las autoridades.

La Comisión de Huelga ha entregado al señor Gobernador un documento desmenuzando una por una las peticiones hechas a la Compañía y detallando el alcance e importancia de las mismas. Atenciones urgentes reclaman la atención del señor Gobernador en Huelva, de donde regresará el viernes por la mañana, para conferenciar con la Compañía y con esta Comisión de huelga.

El resultado de esta entrevista se os comunicará en la próxima Asamblea³⁰.

De entre todos los temas que aparecían en el *Diario de Huelga*, hubo dos que destacaron por su recurrencia y su relevancia sobre el resto. Se trataba de la cuestión polémica de los esquirolés, y de la empresa idealista del servicio médico farmacéutico que el Sindicato quería poner en marcha para competir con el de la Compañía. Su inauguración estaba prevista, según se anunciaba durante la huelga, para el uno de enero de 1914.

Inmediatamente por detrás de la Compañía y de su director, el esquirol era el segundo blanco en importancia de los ataques propagandísticos que el Sindicato lanzaba al pueblo desde el *Diario de Huelga*. Su traición y su servilismo constituían una perturbación y

³⁰ AFRT. Legajo 1838. *Diario de Huelga*. 22 de octubre de 1913.

una provocación intolerables, a las que sólo cabía una respuesta: la marginación y el desprecio. Para ello, había que concienciar a los mineros y enseñarles quién pertenecía a su clase y quién no.

Ningún asociado deberá considerar al esquirol como compañero suyo, máxime ahora, cuando vuestro ejemplo de civismo en vez de servirle de lección, le hace cometer actos de cobardía y servilismo. El esquirol, ese ser depravado, traidor de la causa obrera y causante de la miseria de los trabajadores, debe ser acogido con frialdad, con desprecio y repugnancia por los hombres honrados, negándole el saludo en la calle, la palabra en el trabajo y no concurriendo a los sitios que frecuente. Debéis dejarlos solos, envueltos en su pequeñez³¹.

El Sindicato renunció a la “acometividad violenta y personal”, como medida de represalia contra los esquirols, y optó por la táctica del “más frío desprecio”. Se trataba de señalarlos y avergonzarlos públicamente por su mezquina actitud. A tal fin contribuía concienzudamente el *Diario de Huelga*, que publicaba con frecuencia los nombres de los esquirols, acompañados de una definición jocosa y alguna recomendación. Ésta fue la primera “lista de héroes”, víctimas del escarnio.

³¹ AFRT. Legajo 1838. *Diario de Huelga*. 25 de diciembre de 1913.

Manuel y Román Limiñana, procedentes ambos de un Colegio de Jesuitas.

José Pascual, ex condenado por agredir a un obrero.

Manuel López (Charrasque), encargado de reclutar esquiroles.

Francisco Ramos, que disparó un revólver contra un obrero.

Hermanos Calbillo, que intentaron agredir a un anciano, célebres además por su destreza en conducir colchones.

Rufino Vidal, empleado del Laboratorio que acusó ante el Gobernador que figuraba su nombre como traidor en la pizarra de nuestro domicilio, en vista de lo cual se acordó aumentar el tamaño de las letras.

Rosendo, maquinista de Bomba, de Zalamea, que tiene una brillante hoja de servicio como traidor de los obreros³².

No sólo eran esquiroles los obreros que seguían trabajando durante la huelga, sino también todo aquel comerciante que trataba con éstos. De hecho, el Sindicato instaba a los obreros en huelga a boicotear las tiendas, los cafés, los estancos, las barberías y los casinos que atendiesen a los traidores.

El otro gran tema era el servicio médico farmacéutico. En él, el Sindicato depositaba toda su esperanza para derrotar algún día a la todopoderosa Compañía y asestarle un golpe de muerte al

³² AFRT. Legajo 1838. *Diario de Huelga*. 22 de octubre de 1913.

paternalismo simbólico que había domesticado a los obreros con tanta eficacia.

El triunfo del Sindicato está en relación directa con la organización del Servicio Médico. En nuestro poder será el arma más poderosa contra la Compañía. Con él dispondremos de Médicos que certificarán lo justo en caso de accidente; con él se aumentarán las garantías para el mejor éxito de las curas de enfermos y accidentados; con él las medicinas no serán agua o basura, como ahora; con él acapararemos toda la venta farmacéutica de la zona minera y él nos producirá pingües beneficios que utilizaremos para mejorar cada vez más el servicio y para utilizarlo en casos de huelga contra la Compañía³³.

Pero la agenda temática del *Diario de Huelga* era muy variada. En un segundo plano, aparecían también noticias sorprendentes como la conspiración que se ceñía sobre la Comisión de huelga, víctima de un intento de envenenamiento, o como el desmentido de un rumor que aseguraba que la Compañía quería hacer firmar a los obreros un documento contra el Ejército.

Para demostrar el respaldo con que contaba la huelga, se reseñaban también las adhesiones que recibía la causa de Riotinto, como la del Sindicato de Valverde del Camino, que ofrecía su apoyo moral y material y estaba dispuesto a declarar el paro en la línea del Buitrón, como muestra de solidaridad; o el respaldo de la Casa

³³ AFRT. Legajo 1838. *Diario de Huelga*. 25 de diciembre de 1913.

del Pueblo de Madrid, que iba a enviar una comisión para participar en un mitin³⁴. Incluso se celebraban funciones teatrales a beneficio de los huelguistas, como la comedia de Rovira *Río Abajo*, organizada en Zalamea por la compañía Picó y la banda de música de esa localidad.

En esa filosofía de la unidad sindical, las consignas de clase a los obreros ocuparon un espacio preponderante con el propósito de que éstos se comportaran como un solo individuo y adoptaran una actitud colectiva unánime, homogénea. Debían comprar, por ejemplo, a los comerciantes independientes de la cuenca minera para boicotear al Economato, y debían renunciar al servicio médico de la Compañía. También se recurría muy a menudo a la denuncia clamorosa para achacar los accidentes laborales a la falta de medidas de seguridad, y para acusar a la empresa de las represalias adoptadas con motivo de la huelga, como los despidos injustificados o los desahucios de las casas.

El *Diario de Huelga*, por tanto, era una publicación puesta en todo momento al servicio de la causa obrera, se nutría de la retroalimentación directa con los mineros. Y esto le daba legitimidad en sus negociaciones con Browning, que se negaba a reconocer

³⁴ En realidad, la Comisión de huelga se sintió bastante sola en su lucha contra la Compañía, puesto que no obtuvo la respuesta que esperaba en un principio del movimiento obrero nacional e internacional. De hecho, en vísperas de la huelga, había redactado un extenso informe de la situación de los trabajadores de Riotinto que luego envió a todas las organizaciones obreras de Europa y América. En dicho informe, publicado en varios idiomas, pedía apoyo moral y material para sostener la huelga. Según Lunar (p. 237), “las organizaciones obreras de España, como yo temía, nos ignoraron. *España Nueva*, de Rodrigo Soriano, fue el único periódico que envió a Riotinto un redactor para informar de la huelga, el camarada Romeo Lozano, que vivió junto a nosotros. De fuera de España recibimos como auxilio solidario ciento sesenta mil pesetas”.

oficialmente la representatividad del Sindicato, dirigido por “agitadores profesionales” y no por trabajadores de las minas.

Con la presente hoja se repartirán Boletines de reclamaciones, en blanco, en los cuales deberán decir, por escrito los asociados, todas las quejas que tengan contra la Compañía, desde la vuelta al trabajo y con motivo de la huelga.

Estos Boletines deberán presentarse antes del 31 de diciembre en las oficinas de las secciones, donde podrán recoger estas hojas en blanco los asociados que las necesiten.

Es de gran importancia llenar este Boletín pues él nos dará los datos completos que necesitamos para reclamar a la Compañía³⁵.

El Sindicato apenas encontró dificultades para publicar y difundir el *Diario de Huelga* en la cuenca minera. Sólo se topó con la represión informativa de la Compañía en una ocasión. Era la hoja correspondiente al 18 de noviembre, fecha clave en el transcurso del conflicto. En ella, la Comisión de huelga informaba de que ambas partes habían aceptado las bases de un acuerdo y de que, en consecuencia, se aproximaba la solución del conflicto. Pero, a juicio de Browning, la información publicada por el Sindicato no se ajustaba fielmente a la realidad y generaba una euforia injustificada entre los trabajadores, que podía volverse irreversible si la hoja circulaba por la calle. Por tanto, la Compañía debía

³⁵ AFRT. Legajo 1838. *Diario de Huelga*. 25 de diciembre de 1913.

frenar su distribución a cualquier precio. Y el precio fue el secuestro de la tirada. En la parte superior de la hoja, escrita a mano con una letra torpe e irregular, podía leerse la siguiente frase: “No salí a la luz por haber roto el Director los papeles”³⁶. Se trataba de un claro acto de censura previa, que demostraba la supervisión y el control absoluto que la Compañía ejercía sobre todo lo que se imprimía en Riotinto. Era un ejemplo más del régimen de la mordaza que pretendía templar la efervescencia periodística de la cuenca minera.

En la madrugada del 17 al 18 de noviembre, Browning trató de amordazar, por enésima vez, la voz de los obreros y de hacer así una nueva ostentación de su poder absolutista en la cuenca minera. Se trataba de un hecho similar al anterior. Pero esta vez la Comisión de huelga sí pudo sortear el control informativo de la Compañía. Los huelguistas se encontraban en la oficina del teniente coronel de la Guardia Civil, José Miralles. Allí pasaron toda la noche, prácticamente secuestrados, a la espera de que Browning firmara las bases convenidas. La anomalía de tal reclusión y la desconfianza que despertaba el director general obligaban a buscar una excusa para salir del cuartel y desconvocar la vuelta al trabajo. Lunar, que era uno de esos huelguistas recludos, volvió a hacer el milagro. Aduló a Miralles e incluso redactó un documento privado, firmado por todos los miembros de la Comisión, en el que se ensalzaba el comportamiento que había tenido la Guardia Civil durante la huelga. Pero para que el documento tuviera credibilidad debía llevar el sello del Sindicato. La oficina estaba bastante cerca y el ingenuo teniente coronel

³⁶ Archivo histórico de la Imprenta Chaparro. *Diario de Huelga*. 18 de noviembre de 1913.

accedió a que el ingenioso Lunar fuera a sellar la alabanza. La argucia había dado resultado.

Salí disparado y fui a la imprenta. En un minuto me entendí con el dueño, Antonio Rodríguez, buen amigo. Hice una octavilla con unas palabras:

“A última hora, el Director se niega a firmar el laudo.

Nadie vaya al trabajo.

Félix Lunar”.

Informé a Rodríguez de lo que pasaba y le encargué que hiciese circular aquello.

Al instante estuve de vuelta en la oficina de los civiles, con el documento sellado. Don José no cabía en su uniforme.

Pasamos la noche contando cuentos triviales.

A las seis de la mañana, la central eléctrica atronaba los aires con su sirena, llamando al trabajo.

Los primeros mineros que salieron dispuestos a trabajar, tropezaron con mis octavillas. Pronto se controlaron los caminos. Se formaron grupos poco tranquilizadores. La indignación crecía en el pueblo. Nadie fue al trabajo³⁷.

Durante toda la mañana y la tarde del 18 de noviembre estuvieron reunidas la Comisión de huelga y la arbitral. Al final se solucionó el conflicto y Browning firmó el laudo.

³⁷ Lunar, 1991 (1956): 241-242.

Al margen de estos incidentes, la huelga fue interpretada como un triunfo de la unidad y la resistencia de los trabajadores, promovido personalmente por Egocheaga, que había llegado a Ríotinto con la única misión de organizar el movimiento obrero. Pero fue una victoria efímera: la Compañía emprendió enseguida una campaña de represalias abiertas o larvadas contra los trabajadores que más habían participado en la huelga y, lo que era aún peor, la semilla de la discordia se había introducido entre los obreros y pronto se iba a manifestar en una guerra de palabras sin precedentes.



6. Bibliografía

- ARENAS POSADAS, Carlos. (1999). *Empresa, mercados, mina y mineros. Riotinto, 1873-1936*. Huelva: Universidad de Huelva-Fundación Río Tinto.
- AVERY, David. (1985). *Nunca en el cumpleaños de la Reina Victoria. Historia de las minas de Riotinto*. Barcelona: Labor (primera edición: Londres: Collins, 1974).
- BAJTIN, Mijail. (1990). *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*. Madrid: Alianza.
- – (1995). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- BOTREL, Jean François. (1993). *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez.
- CALERO, Antonio María. (1976). *Movimientos sociales en Andalucía (1820-1936)*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- DEL REY REGUILLO, Fernando. (1997). “El empresario, el sindicalista y el miedo”. En: CRUZ, Rafael y PÉREZ LEDESMA, Manuel. (eds.). *Cultura y movilización en la España Contemporánea*. Madrid: Alianza Editorial, pp. 235-267.
- GIL VARÓN, Luis. (1984). “Las luchas obreras en Riotinto 1888-1920”. En: AA VV. *Seis estudios sobre el proletariado andaluz*. Córdoba: Ayuntamiento de Córdoba, pp. 129-173.
- HOBSBAWM, Eric. (1998). *La Era del Imperio, 1875-1914*. Barcelona: Crítica.
- LUNAR, Félix. (1991). *A cielo abierto. De Riotinto a Norteamérica*. Nerva (Huelva): Senabra-Ayuntamiento de Aroche (1ª edición: México, 1956). Estudio introductorio realizado por J. J. Paz Sánchez.
- PÉREZ LEDESMA, Manuel. (1987). *El obrero consciente. Dirigentes, partidos y sindicatos en la II Internacional*. Madrid: Alianza Editorial.
- – (1997). “La formación de la clase obrera. Una creación cultural”. En: CRUZ, Rafael y – (ed.). *Cultura y movilización en la España Contemporánea*. Madrid: Alianza Editorial, pp. 201-234.
- RUIZ BALLESTEROS, Esteban. (2002). *Minería y poder. Antropología política en Riotinto*. Huelva: Diputación de Huelva.